

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

— **QUE** sí, querido Joaquín. El Monasterio de El Escorial es una de las veinte maravillas del Mundo.

Esto dijo don Eustaquino, el profesor de latín, dirigiéndose al buenazo de Joaquín, nuestro popular labrador acomodado, muy estimado de los personajes que formaban la heterogénea tertulia, en aquel acogedor rincón del café.

Oír tal número de maravillas y saltar a la palestra el impulsivo don Ulpiano, fué cosa de medio segundo. A nadie extrañó esta reacción, pues sabido era su fogoso intervencionismo en todas las cuestiones que allí se aireaban. Y mucho menos si la réplica iba directa al meloso y redicho Profesor, por quién, sin que hubiera habido base para ello, sentía el militar retirado una cosa así parecida a rivalidad. ¡Miren ustedes que un recién llegado a la tertulia, tan desmedrado y con una voz de ultratumba y palabras cansinas, dejándose caer, como un despistado, había de ser siempre el que le rectificase en sus citas literarias o históricas!

Don Ulpiano había oído hablar de las maravillas del Mundo pero nunca de semejante número de ellas. Por eso no dudó de enfrentarse con el latino, agarrando la oportunidad por un pelo, «para hacerle morder el polvo de la derrota». Frase ésta que solía prodigar en confidencias con su íntimo y sencillote labrador, pero que, como otras tantas citas suyas, desconocía su origen. Ya tendremos ocasión de averiguar por boca del sabio Profesor, en su momento, contestando a algunas de las frecuentes intervenciones del fogoso subalterno del General Prim.

—La esclarecida memoria del señor Profesor *particular* — ¡con qué retintín pronunció la palabrita! —, ha padecido, sin duda, un incomprensible dislate. Según mi leal saber y entender, las maravillas del Mundo son siete, aunque yo sólo recuerde seis. Y estoy presto a citarlas.

—Y yo, muy gustoso, escucharé su enumeración. Y mencionaré, en mi turno, las que, el bizarro amigo, haya podido olvidar.

Don Ulpiano se puso al rojo. El señor Joaquín miraba, bobalicon, alternativamente a ambos contendientes: don Esmeraldo, el ecuánime ex Juez; don Crispín, el hacendado industrial y el veterinario, don Sabino, cruzaron enigmáticas miradas, con gestos de expresivo regocijo.

—Ustedes—sería ofensivo dudarlos—, saben perfectamente que sobran las otras catorce. Es, pues, una ingeniosa broma con que nos quiere obsequiar el ágil talento del señor Pérolo y Sudón, creo por tanto innecesario que yo las cite ahora.

—¡Sí, sí; que las cite!, —exclamó el labrador, en su ambicioso deseo de robustecer la cultura que iba asimilando en su trato con tan distinguidos amigos.

Y don Esmeraldo, en disimulado aparte, bisbiseó a don Crispín: —«El Profesor lleva la intención de un miura».

—«La cogida va a ser mortal»—replicó el industrial. Y se afirmaron en sus asientos, y se ofrecieron unos cigarillos tal como si estuvieran en la barrera de la plaza, en los preliminares del festejo.

—Complazco a este amigo (por el labrador) que, en verdad, las desconoce, y digo: El Escorial; la Alhambra de Granada; Los Sepulcros de Ipsambul; la Basílica de San Pedro; el Canal de Suez, y el Canal de Panamá: Estas son las principales maravillas del Mundo, las únicas.

—Las que usted se ha catalogado. Pero yo tengo registradas, además, estas otras: Las de la antigüedad: Las Pirámides de Egipto; los Jardines colgantes o las murallas de Babilonia; el Mausoleo de Helicarnaso; el templo de Diana en Efeso; el Coloso de Rodas; La Estatua de Júpiter; el Faro de Alejandría... Y las de la Edad Media son: Las Catacumbas de Alejandría; la Muralla de China; los «Stanenenge» o Piedras colgantes; el Coliseo de Roma o Anfiteatro de Flavia; la Torre inclinada de Pisa; la Torre de porcelana de Nankin; la Mezquita de Santa Sofía... Entre las modernas, las ya citadas por nuestro bizarro amigo.

Y el sedoso don Eustaquino, el «esmirriado» profesor, bizqueó hacia el buenazo de Joaquín que, boquiabierto, lo contemplaba con admirativo embeleso.

Entretanto, los erizados mostachos y la cuidada perilla del bravo don Ulpiano, soportaban los terribles zarpazos de sus inquietas manos, mientras sus ojos, desorbitados, fulminaban, desafidores, al cohibido Profesor.

La oportuna presencia del camarero, recogiendo los servicios, fué la cortina que cubrió el embarazoso silencio, predisponiendo al curioso labrador para formular un ruego al complaciente Profesor. Deseaba oír nuevamente, por boca del experto narrador, el origen de la frase tan conocida: «entre Pinto y Valdemoro». (1)

—Esa ya la conocen ustedes.

—Pero *me se ha olvidado*; y tengo gusto en aprenderla, si a usted no le causa molestia.

Todos se adhirieron a la petición, por lo que, don Eustaquino, accedió de buen grado a reprimarla.

—Se dice también, con el mismo significado: Entre dos luces. Pinto y Valdemoro son dos pueblos próximos a Madrid, separados por un arroyo, y es fama que un borracho se divertía en saltarlo,

(1) Recopilación, de Alberto Reyes.

diciendo a cada salto: «Ahora estoy en Pinto» o «Ahora estoy en Valdemoro». En una de tantas se cayó en el agua, y entonces, uno de los que presenciaban tan original pasatiempo, preguntó al borracho: «Y ahora, ¿dónde estás?».—«Ahora estoy entre Pinto y Valdemoro».

—¿Y la de a «Zaragoza o al charco»?

—También creo haberla referido.

—Pero no recordamos la salsa del cuento, y, por mi parte, volvería a escucharlo con gusto.

Así habló ahora el hacendado industrial, y su petición fué avalada por el resto de los tertulianos.

—Pues, sí; tiene gracia como exponente de la firmeza de carácter del pueblo aragonés. La frase célebre está explicada de esta guisa: Según una conseja popular, cuando Jesucristo andaba por el mundo tropezó con un aragonés a quién hubo de preguntar: «¿A dónde vás?»—«A Zaragoza», respondió el baturro.—«Esto será si Dios quiere».—«A Zaragoza por todo», replicó el baturro. Entonces Jesucristo, por castigar su terquedad lo convirtió en rana. Otra vez el Salvador volvió a pasar por el mismo sitio, y conolido del baturro quiso perdonarle y le volvió a su estado. «¿A dóde vás», volvió a preguntarle: «A Zaragoza o al charco», contestó el empecatado baturro. (1).

DANHUR

(1) Ibidem.

Guía histórico-artística de Cáceres

Por ANTONIO C. FLORIANO CUMBREÑO

Volumen décimo de la Colección de Estudios Extremeños
(Sección de Arte), publicados por los Servicios Culturales
de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

PAGINAS ANTOLOGICAS

DONCELLAS SIN AMOR

*¡Oh, mal haya el caballero
que sola deja la niña!*

(Romance de la Infantina.)

Solo está el camino,
muda está la casa,
triste la infantina,
sola en la ventana.

Fuése el caballero,

no sé si a la guerra, no sé si a la caza;
dejóse a la niña

¡tan abandonada!

con la miel del amor en los labios
y el dolor de la ausencia en el alma...

¡Pobre la infantina,

pobre la zagala

que adolece de amor y de ausencia,

pobres ¡ay!, de cuantas

lloran soledades y sufren desvíos

del galán que se espera y se tarda,

que, acaso, ya nunca

torne a la ventana!...

¡Tristes las que lloran,

tristes las que aguardan

los días que nacen y mueren, los años

desiertos, vacíos, que corren y pasan!

¡Pobres las doncellas

sin amor, mal haya

quien las deja solas,

quien las desampara

por irse a la guerra,

por irse a la caza!